



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 8, Núm. 2, pp. 103-123 - ISSN 2027-5528

Relato de ceniza: la zarandeada vida de Cyparis el sobreviviente de Martinica a Panamá, novela de Maryse Renaud. El éxodo rural-urbano y el advenimiento de la modernidad a través del colonialismo y la guerra

**Ash story: the shocked life of Cyparis the survivor from Martinique to Panama, novel by Maryse Renaud.
The rural-urban exodus and the advent of modernity through colonialism and war**

Jesús David Osorio Mejía
Universidad de Poitiers
orcid.org/0000-0002-1725-1055

Recibido: 10 de noviembre de 2017
Aceptado: 11 de diciembre de 2017



Relato de ceniza: la zarandeada vida de Cyparis el sobreviviente de Martinica a Panamá, novela de Maryse Renaud.

El éxodo rural-urbano y el advenimiento de la modernidad a través del colonialismo y la guerra

Jesús David Osorio Mejía
Universidad de Poitiers

Es licenciado en Filología e Idiomas de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Magíster en didáctica del francés en la Universidad de Nantes. Doctor en Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Poitiers

Correo electrónico: jeosorio@unal.edu.co
josorio20@yahoo.com

ORCID ID: orcid.org/0000-0002-1725-1055

Resumen

A comienzos del siglo XX en Martinica, departamento francés de ultramar, la crisis azucarera, las secuelas de la esclavitud y la mortífera erupción de la Montagne Pelée agravan el clima de desigualdad y opresión propiciando el éxodo rural hacia la ciudad de Fort-de-France, como también la emigración. Cyparis, protagonista de la novela *Relato de Ceniza* de Maryse Renaud, se ve empujado hacia Fort-de-France, de donde parte a Nueva York, para finalmente participar en la construcción del canal de Panamá y resguardarse de la Primera Guerra Mundial, viviendo en carne propia las repercusiones del colonialismo y la modernidad.

Palabras clave: Martinica, Panamá, Cyparis, éxodo rural, Modernidad, colonialismo.

Ash story: the shocked life of Cyparis the survivor from Martinique to Panama, novel by Maryse Renaud.

The rural-urban exodus and the advent of modernity through colonialism and war

Abstract

In the early twentieth century in Martinique, French overseas department, the sugar crisis, the sequels of slavery and the deadly eruption of the Montagne Pelée exacerbate inequality and oppression, leading to a rural exodus towards the city of Fort-de-France, as well as emigration. Cyparis, protagonist of *Relato de Ceniza* novel by Maryse Renaud, is pushed to Fort-de-France, from where he leaves to New York, to finally take part in the construction of the Panama Canal and protect himself from the First World War, living directly the effects of colonialism and modernity.

Keywords: Martinica, Panama, Cyparis, rural exodus, Modernidad, colonialism

Résumé

Au début du XXème siècle en Martinique, département français d’outre-mer, le crise du sucre, les séquelles de l’esclavage y l’éruption meurtrière de la Montagne Pelée aggravent l’ambiance d’inégalité et oppression en accélérant l’exode rural vers la ville de Fort-de-France, de même que l’émigration. Cyparis, personnage central du roman *Relato de Ceniza* de Maryse Renaud, est poussé vers Fort-de-France d’où il part à New York, pour déboucher

enfin sur Panamá, où il participe à la construction du canal, évitant d'aller à la Première Guerre Mondiale et éprouvant les retentissements du colonialisme et de la modernité.

Mots-clé: Martinica, Panama, Cyparis, exode rural, Modernité, colonialisme

Nacida en Martinica e instalada en París, ciudad donde siguió existosamente estudios de lengua y literatura españolas e hispanoamericanas, Maryse Renaud se consagra igualmente a la ensayística y desde hace unos años a la prosa ficcional inspirada en la historia de Martinica, en el tránsito permanente de un mundo o un espacio a otro y en elementos determinantes de la vida política y social de Latinoamérica y el Caribe. Tales temas la han inspirado a publicar ya cuatro libros de gran riqueza formal y profundidad: el compendio de relatos *En abril infancias mil* y las novelas *La mano en el canal*, *Junglas* y *Relato de Ceniza*.

La novela

En *Relato de ceniza* la voz narradora externa, que no se priva de llamar la atención del lector cuando lo encuentra pertinente, nos permite seguir a Cyparis, uno de los poquísimos sobrevivientes de la erupción de la Montagne Pelée, que literalmente sepultó bajo la ceniza y los escombros la ciudad de Saint-Pierre y sus alrededores, hasta entonces el emporio cultural y económico de Martinica, pequeña isla y departamento de ultramar francés en el Caribe¹. Paradójicamente, resulta ser la discutible reclusión en una mazmorra

¹ Situada a 6860 km de París, Martinica es una isla con una extensión de 1128 km², cuyo relieve es ondulado y comprende varias colinas o *mornes* y mayores altitudes, la máxima de ellas es el volcán Montagne Pelée, de 1397 m s.n.m. Al ser una de las Antillas Menores, la caracterizan un clima ecuatorial y una biota de selva húmeda tropical. Actualmente Martinica cuenta con unos 400 000 habitantes, de los cuales 100 000 residen en Fort-de-France y unos 5000 en el municipio de Saint-Pierre. Los europeos avistan la isla por primera vez en

la que libra al protagonista de la muerte, pero no logra evadir la desolación y el abandono, viéndose conminado a partir hacia Fort-de-France, donde soporta una difícil existencia. Movido por el azar y la curiosidad, sobre todo la que él mismo despierta, es contratado por el célebre circo Barnum. En la Gran Manzana se reencuentra con la mulata e ilustrada Victorine, amor frustrado a quien él daba por víctima de la erupción, pero que había abandonado la isla poco antes. Tras involucrarse afectivamente, pese a la diferencia de educación y origen social, optan por probar suerte en Panamá, donde él se alista como operario en las obras de construcción del canal.

La historia de las Antillas francesas permite observar los elementos y aspectos que propiciaron la urbanización de los territorios caribeños, como lo señala Anne Pérotin-Dumon (2000, p. 16), y como la accidentada vida de nuestro personaje lo pone en evidencia. Pérotin-Dumon nos recuerda cómo Guadalupe y Martinica se caracterizaron por la producción y la exportación de azúcar y, más tarde, de sus productos derivados, particularmente el ron. El gran auge de esta materia prima se vivió allí desde finales del siglo XVIII, cuando más de un tercio del volumen del comercio exterior de la metrópoli francesa provenía de la venta en Europa del azúcar, y en menor medida del café que también se producía en las islas. A finales del siglo XIX, la situación se deteriora por la caída de los precios del producto y llega a ser crítica en la primera década del siglo XX.

Del campo a la ciudad en la Isla

En este contexto, Cyparis, joven marginal de veintisiete años, disfruta o soporta una existencia anodina en la zona rural de Saint-Pierre, centro urbano que conoce superficialmente y frecuenta a ratos cuando le conviene económicamente, prestando servicios a unos y otros. De hecho, alterna entre el trabajo agrícola y la pesca que realiza

1502, durante el cuarto y último viaje de Cristóbal Colón; en 1635, tras la llegada del filibustero Pierre Belain d'Esnambuc, se establece la colonia francesa y se funda el fuerte de Saint-Pierre.

esporádicamente junto a su padre y que, dadas las circunstancias, no le aportan mayor cosa, y el ocio y los amoríos con las jóvenes del lugar. La que frecuenta en ese entonces, Urbanise, no se priva de reprocharle su vagancia. “¿Acaso no era él un hijo del campo? Conocía la tierra... un poco. No tanto, evidentemente, como lo hubiese deseado Urbanise, su concubina. Siempre con exigencias: más formalidad, más ahínco, más sudor. Como si no hubieran terminado por fin los tiempos de la esclavitud, el látigo y los grilletes” (Renaud, 2016, p. 16).

Así, lo vemos imbuido en un contexto rural, donde prevalecen todavía los esquemas socioeconómicos de la plantación y la *habitation*, pero también se observan cada vez más las destilerías y los ingenios, debido a las vicisitudes del comercio internacional. La plantación², cuyo propietario no reside en el lugar, consiste en un latifundio dedicado al monocultivo de plantas no producidas en Europa, la caña de azúcar en este caso, trabajo ejercido mayoritariamente por esclavos traídos por la fuerza de África y con grandes desigualdades de clase socioeconómica. En la *habitation*³, que ocupa una menor superficie, se colecta y se procesa la caña; en ella permanece su propietario, habitualmente un *béké*⁴, como sucede Martinica y en Guadalupe. Como anteriormente los esclavos, los trabajadores libres una vez abolida la esclavitud son sometidos a duras condiciones laborales y la baja paga que reciben no alcanza para cubrir su subsistencia, menos aún tras la reducción de salarios efectuada por los propietarios con ocasión de la crisis (l'Étang, 2016).

² La société de plantation concerne notamment l'américaine où la plantation a été déterminante sur l'histoire et la société. Cette zone continentale et insulaire se caractérise par son climat permettant l'exploitation de plantes non européennes (canne à sucre, coton, café...), sa grande propriété monoculturale, ses populations en majorité ou en forte minorité d'origine africaine issues du système esclavagiste, sa famille matrifocale, ses classes sociales nettement séparées (l'Étang, 2016).

³ La société d'habitation [...] est une déclinaison particulière de la société de plantation. L'habitation se caractérise par la présence du propriétaire (l'habitant) sur ses terres alors qu'ailleurs il est souvent absentéiste, et l'étendue limitée des surfaces plantées, par opposition aux latifundias du continent et des Grandes Antilles. L'avènement de l'usine dans la seconde moitié du XIXe siècle, délocalise de l'habitation la production de sucre. La concentration foncière produit quelques latifundias et induit l'absentéisme de certains grands propriétaires.

⁴ Béké: palabra que en criollo de las antillas francesas designa al propietario blanco criollo, descendiente de los primeros colonos.

En una de estas andanzas poco precisas, empapado de ron, Cyparis se ve enfrascado en una riña con un “señorito”, altercado tras el cual este resulta herido. Aunque nuestro protagonista insiste en no haber causado las lesiones, las evidencias circunstanciales y los prejuicios sociales lo incriminan. Va a dar a un calabozo del que huye y al que regresa voluntariamente, donde el personal blanco le inflige toda suerte de humillaciones, pero que paradójicamente le salvará la vida: son la reclusión y la opresión las que lo libran de una muerte segura y fulminante aunque le dejan indelebles marcas en su piel, haciendo que su destino se emparente implícitamente con el de los antiguos esclavos. A la vez que borran cualquier evidencia:

“Recibió en el cuello un coscorrón afectuoso de parte del hasta entonces detestado cura del barrio del Fondeadero, que le supo casi a caricia. Por él se enteró de que por faltar los eventuales testigos de la riña, todos fallecidos en la erupción, por faltar la víctima, igualmente fallecida, por faltar su propia persona, misteriosamente desaparecida, por no decir difunta, no pudiendo apoyarse por consiguiente en pruebas fidedignas, el Tribunal de Fort-de-France había decidido absolverlo. O mejor dicho, había desistido de demandarlo” (Renaud, 2016, p. 80).

Así pues, saltan a la vista las brechas sociales entre los propietarios acomodados como la familia Septimus de Morne-Rouge y las gentes sin un destino preciso, como Cyparis. Muchos afrodescendientes asocian con razón la vida dura y precaria de las *habitations* con una esclavitud ya abolida en los territorios franceses en 1848 por iniciativa de Victor Schœlcher⁵, pero aún vigente en la mentalidad y el trato dado por los propietarios, así como con la segregación y la desigualdad. Por eso evitan el trabajo agrícola, todo un estigma, como se lo subrayó Cyparis a Urbanise, y se plantean otras

⁵ Victor Schœlcher (1804-1893) fue hijo de un productor y comerciante de porcelana, hombre de negocios y a la vez militante antimonárquico, cercano a los ámbitos políticos e intelectuales de mediados del siglo XIX en Francia. Durante un viaje por Cuba, México y Estados Unidos observó de cerca el trato inhumano y degradante dado a los esclavos, situación que lo motivó a defender primeramente la abolición gradual de la esclavitud, luego la abolición inmediata. Tras recorrer igualmente las Antillas, publicó diversos textos relevantes sobre el tema y se convirtió en uno de los defensores más notables de la abolición. Tras la Revolución de 1848, que llevó a la abdicación del rey Luis Felipe I y a la institución de la Segunda República, Schœlcher es nombrado presidente de la Comisión de Estado encargada de establecer oficialmente la abolición (Girollet, 2000, p. 24-28).

posibilidades, aunque inciertas: ya sea la vida en la ciudad, ya sea partir al extranjero a buscar mejores horizontes, muchas veces sin hallarlos: el más publicitado y célebre para entonces era Panamá. El campo en Martinica resulta ser entonces esa “tierra amada y odiada” (Renaud, 2016, p. 124), por ser el terruño y por llevar la pesada carga de la esclavitud.

Esta dicotomía frente a lo rural se ve acentuada por la erupción de la Montagne Pelée, que no muestra contemplación ni por los ricos békés, ni por los mulatos acomodados, ni por los afrodescendientes pobres. El 8 de mayo de 1902, el volcán y su nube ardiente no hacen excepciones ni en el campo, ni en la ciudad de Saint-Pierre (Gallois, 1902; Martineau, 2015). “Todo era devastación: la zona del puerto, la calle mayor con sus comercios desfondados, el barrio del teatro, la catedral, los alrededores del Jardín botánico, nada se había librado del soplo mortífero” (Renaud, 2016, p. 12).

Más tarde, Cyparis, acompañado del padre Henry, relataría el hecho al escéptico periodista del diario de Fort-de-France utilizando palabras como estas:

“Así quedó borrado de la faz de la tierra en menos que canta un gallo el ingenio azucarero Guérin, en medio del estupor y de un tremendo silencio de impotencia – Cyparis, indignado, seguía informándolo con saña–. El ingenio Guérin, se da cuenta... ¡Más conocido que la ruda, toda una referencia para nosotros! Era para no creérselo. ¡Una familia tan poderosa, de tanto arraigo en el Norte, que traficaba con medio mundo!” (Renaud, 2016, p. 100).

Tales destrucción y mortandad dejan alrededor de 30000 fallecidos en la mayor “catástrofe natural” del siglo XX⁶ ⁷, solo seguida muy de cerca por la de Armero,

⁶ Las particulares características de la erupción de la Montagne Pelée dieron origen en la vulcanología a la nomenclatura o apelación “volcán de tipo peleano”. La erupción de este tipo de volcanes se describe brevemente así: “explosiones moderadas a violentas de bloques de lava y ceniza y nubes ardientes en avalancha” (Duque, 2016, p. 142).

⁷ Para establecer una cronología de las erupciones de la Montagne Pelée en los cuatro últimos siglos, véase, entre otras, la siguiente referencia: Institut de physique du globe de Paris (s. f.). Les éruptions historiques de 109

Colombia, en 1985. La tragedia no fue el resultado, como se pretexta siempre en estos casos, del “destino”, de la “furia caprichosa de la naturaleza”, ni de los “designios divinos”. La inexistente gestión del riesgo —tal vez debida a la inexperiencia en la materia para la época—, la excesiva confianza de los científicos, quienes justo el día anterior habían descartado todo peligro (Guerguadj, 2014), pero sobre todo el desdén de autoridades y élites de Saint-Pierre e inclusive de la metrópoli, movidas, o más bien inmóviles, por sus afanes electoralistas, provocaron la tragedia. “También se creían el ombligo del mundo los de Saint-Pierre, ansiosos de salir reelegidos en esas malditas legislativas parciales que le habían costado la vida a toda la población. Que nadie se moviera, valiosa consigna, ¿no? ¡Morir al pie de la montaña, y para colmo el día de la Ascensión!” (Renaud, 2016, p. 161).

Esta trágica problemática se hizo aún más evidente tras la segunda erupción, el 30 de agosto, que cobró la vida de los tres hermanos Septimus y empujó definitivamente al protagonista y al padre Ulysse Henry hacia Fort de France. Ya se vivía el éxodo rural desde plantaciones y habitaciones hacia el ahora borrado del mapa Saint-Pierre, “el pequeño París de las Antillas” —ese diminuto “centro” entre tanta “periferia”—, debido en el fondo a los cambios de modelos económicos y productivos. Tal éxodo se aceleró por la erupción y sus réplicas: tan pronto como fue posible, apenas con la ropa puesta, se impuso partir a buscar una nueva vida, incierta, a la ciudad de Fort-de-France, capital administrativa hasta entonces vista despectivamente por los del Norte, que había de convertirse en adelante en “la única gran ciudad de la isla”⁸ (Renaud, 2016, p. 19).

“El padre Henry y Cyparis se miraron azarados. Apenas reunidos los tres, tenían que separarse. No había cómo llevar a Pauline a la capital. No se admitían animales en la lancha, sólo mercancías y pasajeros, y era evidente que no podían alimentar otra boca con el poco dinero que poseían. ¿Qué sería de ella, además, en ese Fort-de-France en

la Montagne Pelée París, Francia. Recuperado de <http://www.ipgp.fr/fr/ovsm/eruptions-historiques-de-montagne-pelee>

⁸ En realidad, Fort-de-France contaba con mejores condiciones para la instalación de un puerto y la defensa ante ataques navales y la construcción de edificaciones administrativas y militares. Por eso, desde finales del siglo XVII el palacio del gobernador se trasladó de Saint-Pierre, situada en una ensenada poco profunda, a Fort Royal (antiguo nombre de Fort-de-France).

plena urbanización, según tenían entendido, preocupado ante todo por la suerte de los damnificados del Norte?” (Renaud, 2016, p. 60).

Aunque ya hubieran conocido otra ciudad, ahora sepultada, dejarían esa vida modesta, inequitativa y precaria, pero pese a ello con la posibilidad de subsistir mínimamente, por una vida citadina sujeta desde un principio a la necesidad de ir a hacer cola y reclamar un bono para sobrevivir, en unas evidentes codificación y complejización de las relaciones sociales, mucho más mediadas por la administración y el comercio. “¿Con qué intención precisa habían bajado los dos hombres a Fort-de-France?, no lo sabían. [...] ¿A qué se dedicarían allí? Lo pensarían más adelante, estimado lector. Huir del infierno del Norte, escapar de su explosiva naturaleza [...]” (Renaud, 2016, p. 62).

“Eran refugiados como él los que se apiñaban ahora en las colas delante de las taquillas abiertas por las autoridades. Esperaban billetes de alojamiento y subsidios para víveres. Acudían de todo el Norte damnificado, abatidos, humillados, reclamando la protección prometida. Cyparis, sacudido por la exhibición de toda esa miseria terrosa lanzó al padre Henry una mirada desamparada. Se pusieron ellos también en una cola, resignados” (Renaud, 2016, p. 70).

El éxodo hacia la ciudad de Fort-de-France deriva no solo de esa suerte de desplazamiento forzado engendrado por la tragedia al norte de la isla, sino del cambio de modelo socioeconómico y productivo, que ya se venía operando por lo menos desde hacía cincuenta años. Fue en ese entonces cuando comenzaron los procesos de concentración de la propiedad agrícola, la elaboración del ron, más allá de la simple exportación del azúcar de caña, y la competencia cada vez más feroz entre este producto antillano y el azúcar europeo de remolacha. Cada vez más personas afluyen a Fort-de-France, pasando de una forma de opresión y desigualdad, la rural, a otra, la urbana. De todos estos delicados y preocupantes temas Cyparis dialogaba con Alexia, una joven a quien conoció y cortejó sin éxito y que, como él, trabajaba en el cargue y el descargue de los buques de la Compañía General Trasatlántica en el puerto de Fort-de-France.

“Alexia le había aportado mucho, sin embargo. Ella era miembro de uno de estos sindicatos obreros que habían prendido con rapidez desde hacía un par de años, desplazando las sociedades de socorro mutuo manejadas por la Iglesia y el patronato. Se expresaba de modo claro y directo, sencillamente, y no le faltaba humor. Con ella Cyparis no se sentía acomplejado y la escuchaba con curiosidad cuando le contaba de su poco gratificante experiencia de tesorera, de los movimientos sociales que agitaban al mundillo martiniqués, de la crisis del azúcar y de la concentración de los ingenios, que iba en aumento y amenazaba con enviar al paro a no pocos obreros” (Renaud, 2016, p. 119).

La ciudad crece, y con ella las necesidades de vivienda y de servicios públicos básicos. Por lo tanto, los migrantes se ven abocados a —o tienen la posibilidad de— participar en la construcción de la urbe que albergará sus nuevos hogares. Igualmente comienza a despuntar el llamado sector terciario de la economía, aquel de prestar servicios a personas seguramente carentes de tierra y que no extraen ni transforman materias primas, pero disponen de capital económico, dinero.

“Con el aniquilamiento de Saint-Pierre no podía sino agrandarse la actividad económica de Fort-de-France. La ciudad necesitaría nuevos brazos para levantar viviendas y descargar los veleros y los grandes buques venidos del mundo entero. Yo clases particulares de francés y de latín bien podría dar a esos mulaticos del casco viejo, que a sus papás abogados y funcionarios ya no les hacen falta, supongo —Ulysse Henry se puso a reír de buena gana.” (Renaud, 2016, p. 72).

El “campo” que es la isla frente a la “ciudad” de la Metrópoli

Los puertos y la actividad económica en torno a la caña sirven de múltiple puente entre la plantación y la ciudad, pero igualmente entre la colonia y la Metrópoli. Son puente geográfico pero también político. Así podríamos abordar la relación campo-ciudad de una forma más amplia y abstracta, asociando pues “campo” con lo que diversos teóricos suelen

designar bajo el nombre de “periferia” y “ciudad” con el “centro”, como suelen considerarse a sí mismas la sociedad y la racionalidad occidentales, ese centro hegemónico. En ese centro se hallan insertadas diversas periferias y viceversa, en virtud de la inequidad, de las migraciones en uno u otro sentido, de los mecanismos de ejercicio del poder y de la presencia de culturas y visiones de mundo múltiples. Como bien se sabe, no basta con contemplar admirativamente esta multiculturalidad, si de esta forma se soslayan las relaciones asimétricas, de opresión y explotación, que no solo aún permanecen sino que inclusive se perennizan y se agravan.

Podríamos identificar con el “campo” a la misma Martinica, con todo y su centro financiero, pese a su ciudad que crece cada día, aunque hoy sea parte de un país de la Unión europea y por lo mismo del llamado Primer mundo. Ese “campo” lo es también el Caribe en general. En contraste, la gran “ciudad”, en el sentido de sociedad “moderna” y altamente urbanizada, ese centro hegemónico, es Nueva York, como el resto de los Estados Unidos, incluidas sus extensas sabanas del centro y el oeste. Igualmente lo son París y, de hecho, toda Europa occidental con sus grandes y viejas ciudades. Las antiguas colonias europeas en el Caribe e incluso los actuales departamentos del ultramar, como Martinica justamente, no dejan de ser para los ojos eurocentristas una periferia, al igual que lo sigue siendo el patio trasero latinoamericano para amplios sectores de la sociedad, la economía y la política estadounidenses. A comienzos del siglo XX, pero todavía hoy, se nos sitúa de forma tanto despectiva como condescendiente en una premodernidad ingenua, “naïve”, incapaces de brindar otro aporte a la sociedad occidental –si tuviéramos tal obligación– que la materia prima minera o agropecuaria que nos es en realidad expoliada con la anuencia e incluso la colaboración de nuestros pequeños “centros”.

“Y Cyparis desembarcó un día de septiembre en los muelles de Nueva York, ojeroso, medio mareado por el traqueteado viaje en carguero, pero firmemente determinado a rehacer su vida en aquella tierra que decían de todas las posibilidades. ¿Acaso no lo proclamaba públicamente la flamante Estatua de la Libertad que acogía en la misma entrada del puerto a tantos extranjeros y exiliados?

De Nueva York Cyparis no alcanzó a ver gran cosa por quedar pronto asaltado por las exigencias del circo. Aprendió a orientarse someramente por Manhattan y una vez vencida la penosa sensación de agobio que le causaron las descomunales proporciones de los edificios, Cyparis comenzó a fijarse en los habitantes de la ciudad. O, mejor dicho, en las habitantes de la ciudad (Renaud, 2016, p. 134).

No deja de ser doblemente antitético que lo que garantizara el éxito de Cyparis en tan moderna y letrada ciudad fuera justamente el hecho de provenir de una periferia devastada y de ser presentado prácticamente como un fenómeno, o como un milagro. Su increíble historia de supervivencia y sus cicatrices lo convirtieron en algo fuera de normal, digno del circo Barnum and Bailey, un ser atípico, incluso para las mentes pretendidamente racionales y modernas del primer mundo. Y al mismo tiempo, ese papel de fenómeno circense le valió el respeto que sus coterráneos siempre le negaron, con excepción del padre Henry; hasta la gente envanecida de ser ilustrada y progresista en su isla desoyó su testimonio y negó crédito a su historia (Renaud, 2016, p 102).

El canal, ese pedazo de modernidad incrustado a las malas

El canal se constituye pues en una esquirra, una incrustación con su respectiva cicatriz, de ese centro dominante y avasallador, una incisión entre muchas tantas a cual más sangrientas de la Potencia, un nuevo colonialismo cuyo fin es superar los precedentes e incluso poner a los viejos colonizadores y colonialistas bajo su bota. Para despojar a los gobernantes centralistas de un país periférico y arrebatarles su propia y descuidada periferia, qué mejor que hacer venir habitantes de otras periferias. Ya había sido el caso de los africanos sacados de una colonia y traídos a otra, arrancados de su propio centro, arrastrados mediante las cadenas de la esclavitud y la trata de personas, en condiciones precisamente inhumanas o inhumanas, como si hubiesen sido menos humanos que quienes se convencían de serlo mientras los maltrataban.

No sobra recordar aquí las severas palabras del martiniqués Aimé Césaire, en su polémico y directo *Discurso sobre el colonialismo* (2006).

“¿Qué es, en su principio, la colonización? Reconocer que esta no es evangelización, ni empresa filantrópica, ni voluntad de hacer retroceder las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad, de la tiranía; ni expansión de *Dios*, ni extensión del *Derecho*; admitir de una vez por todas, sin voluntad de chistar por las consecuencias, que en la colonización el gesto decisivo es el del aventurero y el del pirata, el del tendero a lo grande y el del armador, el del buscador de oro y el del comerciante, el del apetito y el de la fuerza, con la maléfica sombra proyectada desde atrás por una forma de civilización que en un momento de su historia se siente obligada, endógenamente a extender la competencia de sus economías antagónicas a escala mundial” (Césaire, 2006, p. 14).

Ahora, en diferentes circunstancias y escalas, son pobladores de los diversos puntos del Caribe e incluso del Asia, sangres mestizas, indias, chinas y africanas, hablantes de sus respectivas lenguas locales y criollas, los que ponen el pecho a la naturaleza, la que decide en últimas quién se queda y quién se va. Todo con miras a satisfacer el capricho expansionista y negociante del Norte, de ese Norte que se cree Centro y se arroga el derecho de decidir el destino de su vecindario. Aunque no esté hablando solamente del Destino manifiesto ni de la doctrina Monroe, Césaire, como se vio, no escatima vocabulario para describir lo nefasto del proceso en general; bien se aplica aquí su definición: “Colonización: cabeza de puente de la barbarie en una civilización, de la cual puede llegar en cualquier momento la pura y simple negación de la civilización” (2006, p. 16). Interesante notar de paso cómo Césaire invierte la concepción modernista y eurocentrista de la época que muchos retoman aún hoy: para él, los “bárbaros” son los colonizadores y la “civilización”, los colonizados.

El campo toma entonces la forma de la selva húmeda tropical, la jungla: la ciudad la conforman todos aquellos lugares donde se cuecen las habas de las finanzas y las

corporaciones, donde se reúnen los gobernantes del norte con sus vasallos del sur, los comerciantes y los ingenieros; la que envía sus técnicos al istmo y los enquista allí en campamento abundantes de comodidades y lujos – en todo caso, comparados con las barracas de sudamericanos, antillanos y asiáticos. Cyparis eligió para complacer a la urbanidad de Victorine, mulata culta de clase media: corriendo en pos de una citadina, quién lo creería, se internó de nuevo en el campo: “por amor a ella había aceptado trocar las comodidades de Nueva York por las rudezas de la vida panameña” (Renaud, 2016, p. 179). Así se lo había planteado ella desde el comienzo: “Hay que mirar por el lado de Panamá, Cyparis, me oye, donde hay verdaderas posibilidades de salir adelante” (Renaud, 2016, p. 143). Ambos pues, más una que el otro, dejaron los grandes rascacielos de la pretendida capital del mundo por “las promesas del Canal” (Renaud, 2016, p. 153), las promesas de una vida diferente, moderna, “mejor”, la ilusión del progreso, pero en plena zona ecuatorial, contiguo al Caribe y al Pacífico.

Hay que mirar hacia la modernidad, como la presenta, entre otros, el filósofo Anthony Giddens (1993), quien afirma que la noción “se refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante y cuya influencia, posteriormente, los han convertido en más o menos mundiales” (p. 16), derivados en gran medida de acontecimientos tales como el Renacimiento, la Revolución Industrial, el avance de la ciencia y la Ilustración. El filósofo argentino Walter Mignolo, a su turno, liga de manera indisociable la modernidad, noción eurocentrista, con lo que él llama la colonialidad.

“La configuración de la modernidad en Europa y de la colonialidad en el resto del mundo (con excepciones, por cierto, como el caso de Irlanda), fue la imagen hegemónica sustentada en la colonialidad del poder que hace difícil pensar que no puede haber modernidad sin colonialidad; que la colonialidad es constitutiva de la modernidad, y no derivativa” (Mignolo, 2000, p. 37).

Aunque Giddens juzga inicialmente de modo favorable la modernidad, subrayando su pertenencia a un orden social capitalista, no desconoce su “lado sombrío” (1993, p. 20-22). En él anidan la destrucción del medio ambiente, el totalitarismo, que no es ni mucho menos propio de los regímenes comunistas como se ha insistido en el mundo occidental, el fascismo y los experimentos militaristas, llevados al punto de la “industrialización de la guerra”. A ellos se podrían añadir, por ejemplo, la pérdida del valor objetivo del trabajo, el consumerismo y las diferentes formas de populismo. El desgaste de la narrativa de la modernidad resulta de “la pérdida de la fe en el progreso”, cuyos beneficios se han distribuido inequitativamente y con frecuencia han sido superados por los estragos causados al planeta y a múltiples sociedades en todo el mundo.

Mientras se queman las pestañas y se parten la espalda abriendo paso a esa nueva ciudad que es el canal, y con él al comercio internacional, Jeff, el compañero de trabajo y amigo jamaiquino, explica a su modo el alcance global de la modernidad a Cypris. Y le advierte de la guerra en Europa.

“Pero es que allá la cosa ha prendido como fogata en Cuaresma. Van a tener que mandar gente a pelear, otra alternativa no les queda. Seguro que de nosotros no se van a olvidar. Lo de la edad es lo de menos y también lo del color. Blancos, prietos, mulatos, ¡qué más da ahora! ¿Acaso no eres tú un integrante del Imperio francés? –se cuadró grotescamente–, ¿y no debo yo obediencia a mi Gracioso Jorge V?” (Renaud, 2016, p. 198).

Cierto, en las periferias húmedas, ardientes y —para muchos— malsanas, el riesgo es permanente. La vida puede perderse a todo momento debido al paludismo, la tifoidea u otras epidemias, así como a las deplorables condiciones de trabajo y seguridad industrial (Gaël-Moutou, 2011, p. 34)⁹. No se solía informar a los operarios de los riesgos que

⁹ Une fois recruté, l'ouvrier était informé oralement des termes de son contrat de travail. La compagnie s'assurait ainsi une grande marge de manoeuvres dans la mesure où les recruteurs ne faisaient jamais allusion ni aux maladies mortelles sévissant dans l'Isthme, ni aux véritables conditions de travail sur les chantiers ni

corrían, muchas veces ni siquiera se firmaban contratos escritos con ellos, por lo que nadie se hacía responsable de esta situación. Y sin embargo, esa selva atemporal, presente allí antes de que llegaran a protegerla o a tratar de dominarla unos y otros, arrancada al negligente y perezoso poder central de un país premoderno, será la que sirva de refugio a Cyparis el sobreviviente de los estragos y la irracionalidad de la modernidad occidental: en esa selva periférica estará guarecido mientras en el llamado Primer mundo y sus ciudades letradas la Gran Guerra, la Primera Guerra Mundial, hace estragos.

Esto lo entiende muy bien, y así se lo hace saber a Cyparis, su gran amigo Arístides, el colombiano. Él sabe lo que significa perder la vida, o buena parte de ella, pues lo vivió en la Guerra de los Mil Días, tan mortífera como absurda. Por eso el sudamericano aconseja sabiamente al prodigioso y desdichado antillano: “Y en caso de emergencia siempre te queda la selva, ¿no es cierto?, que no han logrado dominarla los gringos” (Renaud, 2016, p. 212). ¿Para qué sobrevivir a una guerra civil si es para morir en una guerra mundial? Los conflictos armados propiciados por los grandes del Primer mundo resultan mucho más mortíferos que cualquier catástrofe natural, parece advertir Arístides. ¿Para qué abandonar una premodernidad rural objeto de curiosidad y burla, en pos de una modernidad urbana fuente de miedo? Lo que cambia es el modo de morir.

Hemos visto cómo el atribulado protagonista tuvo la ocasión de forjar lazos de compañerismo y amistad con el colombiano y el jamaicano, además de entrar en contacto con lugareños y con trabajadores de múltiples orígenes y nacionalidades, en Panamá pero incluso durante su experiencia en el circo norteamericano. Las circunstancias de trabajo permitieron la emergencia de situaciones de intercomprensión y de interculturalidad, de intercambio de saberes, vivencias y experiencias, así como, por lo tanto, de transformaciones en la percepción de sí mismo y del otro. Obviamente, tal proceso distó de ser idílico y si ciertas motivaciones de la alteridad desaparecen, al igual que determinados

aux difficultés rencontrées sur le terrain, entre autres maux qui engendraient une forte mortalité (Gaël-Moutou, 2011, p. 34).

estereotipos, otros se refuerzan o se agravan. Esta circunstancia se puede observar en términos de nacionalidades: Cyparis no logra desarrollar aprecio hacia los estadounidenses ni hacia su compañero argentino en el circo, definitivamente tampoco expresa anuencia alguna ni con los békés ni con la gente adinerada ni refinada. Sin duda, la interculturalidad y la hibridación ayudan a romper barreras y crear o reestablecer lazos, como aquellos entre los dos caribeños de Jamaica y Martinica que, si no fuera por la aventura del canal, quizá nunca se hubieran encontrado, pero no resuelven por sí mismas las situaciones de opresión y desigualdad. Se desarrolla un importante y necesario diálogo entre las periferias, pero el centro calla frente a ellas. En tal sentido, el filósofo e historiador argentino Enrique Dussel critica el “optimismo superficial de una pretendida “facilidad” con la que se expone la posibilidad de la comunicación o del diálogo multicultural, suponiendo ingenuamente (o cínicamente) una simetría inexistente en realidad entre los argumentantes” (Dussel, 2005, p. 12), actitud que él le atribuye entre otros a la postura de John Rawls que designa como “multiculturalidad liberal”.

“Este tipo de multiculturalismo altruista queda claramente formulado en el ‘overlapping consensus’ de un John Rawls, que exige la aceptación de ciertos principios procedimentales (que son inadvertidamente profundamente culturales, occidentales) que deben ser aceptados por todos los miembros de una comunidad política, y permitiendo al mismo tiempo la diversidad valorativa cultural (o religiosa). Políticamente esto supondría en los que establecen el diálogo aceptar un Estado liberal multicultural, no advirtiendo que la estructura misma de ese Estado multicultural tal como se institucionaliza en el presente es la expresión de la cultura occidental y restringe la posibilidad de sobrevivencia de todas las demás culturas” (Dussel, 2005, p. 14-15).

Una postura crítica muy próxima a la de Dussel adopta el teólogo y filósofo suizo Josef Estermann, para quien una globalización, como aquella ya en ciernes en tiempos de la construcción del canal y que sucedía al colonialismo europeo, no deja de estar controlada por un centro hegemónico y dominante ni al servicio de él, por mucho que se presente “bajo el manto de la diversidad, la inclusión y el respeto de la etnicidad” (Estermann, 2014,

p. 5). De hecho, añade, la idea misma de inclusión entraña que exista un agente que decida o no incluir a otro que puede ser incluido o no. En la construcción del canal se dieron cita gentes de numerosas naciones, pero todas trabajando para satisfacer los planes de una sola nación, la que mandaba y determinaba qué tan bien o mal se les pagaba a las demás. En el circo se reunían personajes exóticos de todas partes del mundo, bien remunerados, pero sirviendo a unos mismos dueños norteamericanos, como lo llegó a señalar la misma Victorine, quien igualmente sirvió a esta clase de empleadores.

Lo anterior no fue impedimento, y al contrario favoreció, como lo explica con profundo detalle la investigadora Marie-Françoise Gaël-Moutou (2011) en su tesis doctoral, que muchos antillanos permanecieran en la recién creada Panamá. Una vez el canal fue inaugurado y las obras de construcción concluyeron, algunos de los obreros fueron contratados para ejercer actividades permanentes, pero muchos otros no solamente se vieron sin empleo, sino carentes de un proyecto de vida definido. Muchos terminaron estableciéndose definitivamente en Panamá e inclusive formaron familias mixtas, ya fuera por voluntad propia, ya fuera por carecer de los medios económicos y logísticos para regresar a las Islas. De esta manera se consolidó con el paso de los años una comunidad de ascendencia antillana en el país.

A la fin des travaux, les ouvriers guadeloupéens et martiniquais, sans emploi, ceux qui ne sont pas recrutés à la maintenance du canal, durant quelques temps, errent dans les artères de la ville, totalement désœuvrés. Ils inventent alors des petits métiers qu'ils exercent avec sérieux. Leur habileté et leur ingéniosité à créer leurs petites entreprises ont, dès lors, contribué à la richesse du Panamá (Gaël-Moutou, 2011, p. 69).

¿Qué habrá sido de la vida de Cyparis el superviviente? Esta pregunta nos la podremos resolver recorriendo aménamente, entre tensiones y vaivenes, la novela de Maryse Renaud, y así también intentaremos resolver el interrogante que nos plantea la voz heterodiegética, pero no por eso carente de preocupación por la vida y los destinos del hombre, la mujer, la isla y el canal: “¿Pero quién gobierna, estimado lector, los destinos de

Martinica? ¿La chistera del plantador blanco, la chalina del abogado mulato, el sombrero de paja del pescador, las enaguas aromadas con vainilla de las mulatas, la férula de la metrópoli o el imperioso y sordo empujar del magma incandescente?” (Renaud, 2016, p. 216).

Bibliografía

Césaire, A. (2006 [1950]). *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid, España: Ediciones Akal.

Duque, G. (2016). *Manual de geología para ingenieros*. Manizales, Colombia: Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/1572/396/manualgeo.pdf>

Dussel, E. (2005). *Transmodernidad e interculturalidad*. México, México: Universidad Autónoma Metropolitana. Recuperado de <http://enriquedussel.com/txt/TRANSMODERNIDAD%20e%20interculturalidad.pdf>

Estermann, J. (2014). Colonialidad, descolonización e interculturalidad. *Polis*, (38). Recuperado de <https://polis.revues.org/10164>

Gaël-Moutou, M.-F. (2011). *L'émigration des Guadeloupéens et des Martiniquais au Panamá et la contribution de leur descendance à l'essor de la nation de 1880 à 2008* (tesis doctoral). Pointe-à-Pitre, Francia: Université des Antilles et de la Guyane.

Gallois, L. (1902). L'éruption volcanique de la Martinique. *Annales de Géographie*, 11(58), 289-294. Recuperado de http://www.persee.fr/doc/geo_0003-4010_1902_num_11_58_18181

Guerguadj, N. (2014). *1902, La catastrophe de la Martinique*. La lucarne – atelier collaboratif de méditation culturelle des sciences et techniques en société. París, Francia: CNAM. Recuperado de <https://ateliercst.hypotheses.org/822>

Girollet, A. (2000). *Victor Schœlcher, abolitionniste et républicain*. París, Francia: Éditions Karthala.

Giddens, A. (1993). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid, España: Alianza Editorial.

Institut de physique du globe de Paris (s. f.). *Les éruptions historiques de la Montagne Pelée* París, Francia. Recuperado de <http://www.ipgp.fr/fr/ovsm/eruptions-historiques-de-montagne-pelee>

L'Étang, G. (2016). *Créolisation et créolité à la Martinique : essai de périodisation*. Fort-de-France, Francia: Potomitan. Recuperado de <http://www.potomitan.info/travaux/creolisation.php>

Martineau, A. (2015). L'éruption volcanique de la montagne Pelée, le Pompéi des temps modernes. *À rebours*. Montréal, Canadá: Radio Canadá. Recuperado de http://ici.radio-canada.ca/emissions/a_rebours/2016-2017/chronique.asp?idChronique=371609

Mignolo, W. (2000). La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad. En: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires, Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.

Ministère des outremer. (2016). Martinique. París, Francia. Recuperado de <http://www.outre-mer.gouv.fr/martinique>

Pérotin-Dumon, A. (2000). *La ville aux Iles, la ville dans l'île: Basse-Terre et Pointe-à-Pitre*. París, Francia: Éditions Karthala.

Renaud, M. (2016). *Relato de ceniza o la zarandeada vida de Cyparis el sobreviviente de Martinica a Panamá*. Madrid, España: Verbum.